

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con sucesos, lugares o personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *The Assassin of Venice*

© 2024, Alyssa Palombo

© 2024, Crooked Lane Books. Publicado por acuerdo con IMC Agencia Literaria.

© 2024, de la traducción por Natalia Calviño Costas

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-58-4

Código IBIC: FA

DL: B 8.169-2024

Composición:

Endoradisseny

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en septiembre de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Alyssa Palombo

La asesina de Venecia

Traducción de Natalia Calviño



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

*A mi hermano, Matt Palombo, quien me siguió por las callejuelas de Venecia –y por esa increíble muestra de crímenes y castigos del Estado de Venecia– mientras la idea de este libro cobraba vida.
Gracias por no dejar que pare quieta cuando viajamos juntos.*

PARTE UNO

DOMINA MORTIS

ABRIL-OCTUBRE DE 1538

Capítulo 1

El sol brillaba en la *piazzetta* mientras buscaba entre la multitud al hombre al que iba a asesinar. Hacía un calor sofocante, demasiado calor para ser abril, o tal vez era porque había tanta gente apretujada en un espacio demasiado pequeño. Nadie en toda Venecia quería perderse la tradicional ceremonia del *Sposalizio del Mare*, el Matrimonio con el mar. Y los señores de esta ciudad que flotaba sobre el mar no querían que ninguno de sus habitantes –y, menos aún, sus queridos visitantes extranjeros– se perdieran la ceremonia que cada año confirmaba el dominio de Venecia sobre el Adriático y la mayor parte del este y de Europa también. O eso creían.

Todo eso me importaba más bien poco. Tenía una misión. Y, a pesar de que odiaba la ingente multitud, con el calor y el hedor de cuerpos sucios, era crucial para la tarea que me habían encomendado ese día. En medio del tumulto, con tanta gente, nadie se percataría de un hombre que se desploma y, para cuando se dieran cuenta, yo ya me habría esfumado entre la muchedumbre.

Más adelante, en el muelle que conducía a la laguna, divisé a Ambrogio Malatesta cuando se dio la vuelta para contemplar a la multitud antes de subirse a bordo de la gran galera pintada del dux, el Bucintoro. No sé cómo, pero me localizó entre el gentío y, como consumado político y maestro del espionaje que era, no dio muestras de haberme reconocido. Aunque su expresión lo decía todo: «No me falles, Valentina».

Contuve el irrefrenable impulso de poner los ojos en blanco y, en lugar de ello, asentí con un movimiento breve de la cabeza que sabía que él vería e interpretaría de manera correcta. Por el Dios de las Sombras, podría confiar un poco más en mí.

Aunque ese era el talento de los hombres como Malatesta. No confiaban en nadie y no lo harían jamás. Era un atributo que más gente debería desarrollar.

Aparté la mirada de Malatesta y volví a fijarla en la multitud. Estaba claro que iba buscando a alguien, pero no importaba. La mitad de las personas que se encontraban en la *piazzetta* ese día estaban haciendo lo mismo; no destacaría. Los ojos de quienes me rodeaban mirarían por encima y a través de mí. Nunca se acordarían de mí, incluso aunque les preguntaran.

Solo había visto a mi víctima –u «objetivo», que era la palabra que Malatesta prefería, como si al hombre aún le quedara algún rastro de delicadeza bajo esa capa de violencia refinada y apenas contenida– en una ocasión. Sin embargo, tenía una memoria excelente para las caras. Otro de los aspectos que hacía que fuera perfecta para mi profesión; bueno, al menos para esa segunda profesión. Y encajaba igual de bien con mi primera profesión. Malatesta se había encargado de que, la noche anterior, el objetivo visitase a una de las chicas de la casa en la que solía ejercer mi primer oficio. Malatesta me acompañó mientras observaba al objetivo a través de la mirilla de la pared en la habitación del voyerista. Los hombres adinerados de Venecia tenían todo tipo de gustos y el próspero burdel los satisfacía todos.

Había llegado un poco tarde y, cuando me situé tras la mirilla para ver a mi víctima por primera vez, recibí una reprimenda silenciosa por parte de Malatesta. En la habitación de al lado, el acontecimiento principal ya estaba en

marcha y, cuando me asomé por primera vez, lo único que vi fue a un hombre pelirrojo, con la piel sonrosada y un cuerpo un tanto robusto, que cabalgaba entre los muslos de Marietta.

—¿Y bien? —preguntó Malatesta cuando solo llevaba unos segundos mirando—. ¿Lo recordarás? ¿Podrás encontrarlo mañana?

—Lo único que le he visto es el trasero y eso se olvida con facilidad —comenté—. Espero que, por el bien de Marietta, su miembro sea más memorable.

Malatesta resopló en señal de desaprobación, a lo cual hice caso omiso. Podía mantenerse en su susceptibilidad señorial si eso hacía que se creyera mejor que yo —lo haría y así era—, pero lo cierto es que no le importaba relacionarse con cortesanas, proxenetas, asesinos, espías y ladrones, por mucho que fingiera que sí. No llegaría a ninguna parte en sus negocios sin alguien como yo.

Al fin, el objetivo en cuestión se tumbó boca arriba. Marietta se sentó a horcajadas sobre él, montándolo, sus gemidos eran fuertes y dramáticos. Puse los ojos en blanco. Sus interpretaciones no convencían a nadie más que a los hombres que la frecuentaban, por algún motivo. Ignoré su farsa y clavé la mirada en el rostro del hombre. Tenía los ojos cerrados, la cara relajada por el placer mientras gruñía y gemía, pero comencé a memorizar sus facciones. Un rostro redondo, rechoncho como el resto del cuerpo. Una nariz bulbosa, unos labios finos, una barbilla y una frente lisas y el cabello rojizo en el que me había fijado antes. No era atractivo, pero tampoco era feo. A Marietta le podría haber tocado algo peor, aunque solía tener suerte.

Tenía un rostro bastante corriente, la verdad. Pero lo observé de todos modos.

Me aparté de la mirilla, la intensificación de gemidos al

otro lado de la pared indicaba que el espectáculo estaba llegando, literalmente, a su punto culminante.

—¿Entonces? —inquirió Malatesta—. ¿Podrás encontrarlo entre la multitud el día de la Ascensión?

—Dame un momento —dije—. Quiero verlo con los ojos abiertos también.

Escuché y, efectivamente, la actividad en el interior de la habitación había llegado a su fin. Esperé unos segundos y, cuando volví a asomarme, el hombre estaba sentado en el borde de la cama y sonreía hacia Marietta, que yacía desnuda frente a él. Después, apartó la mirada e inspeccionó la habitación en busca de la ropa que se había quitado.

Ahora. Ya lo tenía.

Me di cuenta de que era alto, más alto que yo, y con esa corpulencia también sería más fuerte que yo. No importaba. Un golpe seco para reducirlo antes del golpe definitivo era lo único que hacía falta.

—Paga por una noche entera con Marietta y ni siquiera se queda —observé con indiferencia—. Es un necio por no aprovechar su dinero.

Malatesta resopló con desdén.

—Un necio y, peor, un espía. Un traidor.

—¿Dices que ese hombre le está pasando información a los españoles? —consulté e incliné la cabeza hacia la pared que nos separaba de la habitación contigua.

—Sí. Sin duda. Es un marino mercante procedente de España y ahora vive en Venecia entre viajes. Uno de mis informadores le robó la faltriquera en el Rialto hace unos días y contenía documentos con información confidencial. Es posible que tenga copias y otros documentos, y debemos suponer que ha memorizado parte del contenido al menos. Esa información no debe caer en manos de la Corona española.

—En efecto, no debería.

De todas las poderosas potencias europeas, la española ejercía la mayor influencia, con diferencia, sobre la península itálica. Era evidente que ansiaban añadir Venecia a las joyas de la corona de su imperio.

No podía permitir que eso pasara. No permitiría que eso pasara.

Volví a imaginarme el rostro del hombre: sencillo y, sin duda, ordinario. No parecía en absoluto un espía que participase en el complot para derrocar al Estado de Venecia. Pero ya sabía que la apariencia no significaba nada; en realidad, menos que nada, sobre todo en Venecia, una ciudad de máscaras y sombras, engaños y espejos, y agua, por lo que podría esconder todo tipo de secretos en sus profundidades.

Ese hombre quería traicionar a mi ciudad, a mi hogar adoptivo. Quería derramar sangre, muerte y fuego sobre todos nosotros. Casi me atraganté de la rabia al pensarlo.

—¿Entonces podrás hacerlo? —me preguntó Malatesta.

Arqué una ceja depilada con destreza.

—Vaya, ¿es ansiedad lo que detecto en tu voz? El gran Ambrogio Malatesta, miembro del Consejo de los Diez y defensor de la Serenísima República, no estará nervioso, ¿no?

—Se debe silenciar a ese hombre y debe ser mañana —replicó Malatesta con un tono irascible, como solía ser cuando se veía obligado a tratar conmigo.

A decir verdad, me encantaba provocarlo.

—¿Por qué mañana? ¿Y por qué debe ser entre la muchedumbre durante el Matrimonio con el mar? —pregunté aunque creía saber la respuesta—. ¿Por qué no me lo has asignado esta noche? De haber sido así, ya estaría solucionado.

La mirada que me lanzó Malatesta habría —y había— dejado helada a más de una persona, les habría hecho temblar del miedo. Aunque yo ya estaba acostumbrada a él.

–Esto se debe llevar a cabo en público –respondió.

Tal y como había imaginado. El español pelirrojo debía servir de ejemplo; puede que, ante todo, a quienquiera que le estuviera facilitando en Venecia lo que Malatesta denominó «información confidencial». Si el Consejo de los Diez no se había encargado de ellos ya. Y no sería la primera vez ni la última que los Diez quisieran demostrarle a la ciudad –y al mundo– qué les ocurría a los traidores. En algunas ocasiones, se ocupaban de esos traidores con discreción, aunque de manera lenta y dolorosa, en las mazmorras bajo la Prisión Ducal. Sin embargo, en otras ocasiones, era necesario refrescarle la memoria a la población.

–Valentina, ¿puedes encargarte de ello o no?

Dejé a un lado toda la frivolidad, mi cara se convirtió en una máscara blanca y lisa; la máscara que solía ponerme para servir a Malatesta y a sus compañeros del Consejo de los Diez.

–Puedo encargarme. Y me encargaré, como siempre.

Un hombre menos importante habría suspirado de alivio, quizá, pero tan solo asintió de forma imperceptible.

–Bien. Asegúrate de hacerlo y de que no se cometan errores.

–Yo no cometo errores, Malatesta –dije.

Con otra breve inclinación de la cabeza, se puso en pie, salió de la habitación, cerró la puerta tras él y me quedé sola.

Suspiré y cerré los ojos; dejé que el silencio acallara mi mente durante unos segundos. Necesitaba esa tranquilidad para concentrarme en la tarea que me esperaba. Después, yo también me levanté con un frufú de las faldas y bajé a la planta de abajo para que me llevaran la góndola al muelle y así poder regresar a casa y dormir un poco.

Y entonces llegó un nuevo día y yo buscaba entre la mul-

titud al hombre al que había visto por última vez –la única vez– desnudo en el lecho con Marietta.

De pronto, ahí estaba.

Lo localicé a mi izquierda, parado junto al pórtico frente al Palacio Ducal, apoyado en una de las gigantescas columnas. Parecía estar solo, pero sabía que no debía hacer conjeturas.

Me abrí paso entre la muchedumbre hacia él a paso lento, no había nada en mis movimientos que sugiriera que tuviera prisa o que me moviera con determinación. Tan solo era una mujer que paseaba por la *piazzetta*, tal vez con el objetivo de conseguir mejores vistas del Bucintoro mientras se adentraba en la laguna.

Me acerqué por detrás de ese hombre cuyo nombre no me habían dicho. Aunque no importaba cuál fuera su nombre o quién era su familia ni todo lo demás. Lo único que importaba era que el Consejo de los Diez lo quería muerto, que Venecia lo necesitaba muerto, y, por lo tanto, moriría.

Noté que alguien me miraba y giré ligeramente la cabeza hacia la izquierda hasta ver a un hombre escondido detrás de una de las columnas que estaban a mi espalda, más próximas a la basílica. Lo reconocí; era otro de los esbirros de Malatesta. Se dio cuenta de que lo había visto e inclinó la cabeza con tal sutileza que nadie se habría dado cuenta si no hubiera estado mirando. Había ido para cubrirme las espaldas en caso de que esa misión empezara a torcerse y también –lo más probable– para comprobar que cumplía con mi deber.

Saqué el puñal de la funda, que estaba escondido en un bolsillo secreto de mi vestido rojo oscuro que había cosido con mis propias manos. Siempre se me había dado bien coser, incluso aunque lo hiciera con un fin que habría horrorizado a mi madre si aún estuviera viva. Tenía una hoja

larga y fina, pero era resistente y estaba afilada para matar. Se ocultaba y se manejaba con facilidad.

Me acerqué a la víctima por detrás, la hoja apoyada en mi muñeca para que ningún observador distraído la viera. Luego, con un movimiento rápido de los dedos, le di la vuelta para que el mango reposara con firmeza en la palma de mi mano y la hoja sobresaliera por la cara anterior de mi puño. Me apresuré a rodear la columna y vi cómo la cabeza del hombre pelirrojo se giraba un poco, como si hubiera oído mis pasos. En mi mente, me maldije por no haber sido más sigilosa, pero ya no había vuelta atrás. Apoyé una mano en su hombro izquierdo y le clavé la hoja con rapidez en el costado derecho. Se desplomó y levanté de inmediato la mano que tenía libre para cubrirle la boca, a la vez que tiraba de su cabeza hacia mí. En un abrir y cerrar de ojos, le aproximé la hoja al cuello y se lo rajé.

—El Consejo de los Diez os envía recuerdos —le susurré al oído.

Después, lo solté y se desplomó en silencio, la sangre se derramaba sobre los adoquines.

Volví a desaparecer entre la multitud cuando su cuerpo se detuvo por completo. Deslicé el puñal, ahora cubierto de sangre, de vuelta a la funda y oculté mis manos manchadas en los bolsillos del vestido. No creía que me hubiera salpicado demasiada sangre, pero el color del vestido lo disimularía si así fuera.

No hui de vuelta por la plaza de San Marcos y a través del laberinto de calles y canales que componían Venecia, como haría cualquier asesino aficionado o sicario. Más bien me adentré un poco más hacia el centro de la multitud, más cerca de la laguna, con la mirada clavada en el Bucintoro, al igual que hacían quienes me rodeaban. No pasó mucho tiempo hasta que oí un alboroto a mis espaldas al descu-

brir el cuerpo ensangrentado del hombre. Miré por encima del hombro hacia el jaleo, como por mera curiosidad, pero seguí caminando hacia el límite de la *piazzetta*; una mujer veneciana normal y corriente que ha salido para celebrar la festividad. Esperé y contemplé el momento en el que el dux se puso en pie y lanzó un anillo de oro al agua, un gesto que simbolizaba el matrimonio de Venecia con el mar y que garantizaba un año más de prosperidad y dominio del agua. Me sentí como si fuera la única que viese las olas de sangre que en realidad mantenían a flote a la Serenísima.

Capítulo 2

Tras los acontecimientos del día de la Ascensión, se corrió la voz en la ciudad acerca del hombre que habían encontrado asesinado durante la celebración. Había quien afirmaba que se trató de un atraco; otros, que el hombre había tenido un devaneo con una mujer casada, cuyo marido se había enterado y había matado a su enemigo en un ataque de celos al verlo entre la multitud. Todas las historias provocativas y lascivas de siempre que solían contarse cuando se producía un asesinato o algún crimen notable sin motivo aparente.

A pesar de ello, al poco tiempo, el contenido de esos rumores cambió y comenzó a surgir una nueva serie de habladurías sobre las anteriores, silenciadas al principio, pero que iban cogiendo cada vez más fuerza.

«Espía».

«Español».

«Los Diez».

«Asesinato».

«Conspiración».

Y, a medida que esos rumores concretos empezaron a propagarse por toda la ciudad, desde los banqueros de Rialto hasta los mendigos de las calles y las ramerías del Puente de las Tetras, sin prisa pero sin pausa el dominio del Consejo de los Diez sobre la República se reforzó. Con frecuencia, la gente seguía con sus asuntos sin acordarse de ellos. Y eso estaba bien, pues los Diez preferían que no se cuestionaran

sus acciones. Aunque, de vez en cuando, tenían que recordarles a sus conciudadanos venecianos lo que les sucedía a quienes iban en su contra o pretendían traicionar a la República. Siempre ocurría lo mismo tras dichos recordatorios: el miedo serpenteaba por las calles, la paranoia inundaba el aire tanto como el hedor y la humedad que desprendían los canales en verano. Y, entonces, todo el mundo se ocupaba de sus asuntos con un poco más de cuidado, prestaba atención a con quién hablaba y sobre qué, y evitaba a los forasteros como si portaran la peste. De esta forma, los Diez controlaban a Venecia y a los venecianos, pero también protegían a Venecia y a los venecianos.

Para frenar la corrupción y evitar que cualquier hombre o grupo pequeño se volviera demasiado poderoso, aquellos elegidos para formar parte de los Diez ejercían un mandato de un año y, cuando ese año llegaba a su fin, ya no podían volver a ejercer durante el resto de su vida. A los Tre Capi, o los tres dirigentes de los Diez, se los elegía para servir durante un mes a la vez y no podían abandonar el Palacio Ducal durante su mandato. Había trabajado con algunos miembros de los Diez durante varios años; Ambrogio Malatesta tan solo era el más reciente de una larga lista, aunque puede que el más ambicioso hasta el momento.

Sin duda no me había olvidado jamás de la existencia de los Diez, ni un solo segundo. ¿Cómo iba a hacerlo? Después de todo, lo que me pagaban me ayudaba a mantener el estilo de vida al que estaba acostumbrada. Y mientras que, al igual que cualquier otro veneciano, temía de manera razonable al Consejo de los Diez, mi miedo era un tanto distinto, pues yo les resultaba útil. Muy útil.

No deseaba averiguar qué podría pasar si llegara el día en el que ya no me pudieran utilizar.

Aunque me ilusioné pensando que aún quedaba mucho tiempo para ese día, si es que llegaba en algún momento.

Unos días después de llevar a cabo mi última misión, me acababa de despertar con el sol que irrumpía por el hueco de las cortinas de terciopelo. Estaba estirando mi cuerpo desnudo de forma perezosa bajo las sábanas cuando la puerta de mis aposentos se abrió de golpe. Alcé la vista y vi a Bastiano Bragadin en el umbral de la puerta, con cara de satisfacción; su expresión habitual.

–El último hombre que entró en mi alcoba por sorpresa perdió los testículos –comenté desde la cama.

–No me cabe la menor duda –dijo Bastiano al entrar en la alcoba–. Pero creía que tenía una invitación permanente.

–Eso es demasiado osado incluso para ti, Bastiano. ¿Quién te ha dejado pasar?

–Tu criada, obviamente. ¿Cómo se llama? ¿Lauretta?

–Debí imaginármelo –espeté; suspiré con teatralidad y me incorporé, dejando que la colcha cayera hasta que mis pechos quedaran casi, pero no del todo, al descubierto–. Lauretta te dejaría entrar a cualquier parte, sinvergüenza. Hasta en su lecho.

Bastiano cerró la puerta y se quitó la capa.

–¿Para qué iba a querer divertirme con la criada cuando puedo tener a la señora de la casa?

–Vuelves a suponer. Menudo descaro. ¿Esto es lo que os enseñan a los jóvenes nobles venecianos?

–¿Suponer y creer que tenemos derecho? Lo mamamos desde pequeños.

–Y luego dicen que son las cortesanas las que están echando por tierra las buenas costumbres de Venecia.

Bastiano sonrió y sentí un calor intenso entre mis muslos al verle hacerlo. Su sonrisa solía causar ese efecto en mí.

Aunque preferiría cortarme la lengua antes que reconocerlo.

–De acuerdo, probaré de nuevo: ¿para qué iba a divertirme con la criada cuando podría seducir a la mujer más bella de Venecia?

–Mejor –dije, a pesar de que exageraba.

En Venecia abundaban las mujeres, muchas de ellas mis compañeras cortesanas, que eran más bellas que yo. Pero era mejor así. Si yo tuviera una belleza tan impresionante como algunas de ellas, destacaría entre la multitud, no pasaría desapercibida. Lo cual, a su vez, dificultaría mi trabajo para el Consejo de los Diez. Podía lograr que mi cara fuera poco memorable cuando era necesario y conseguir que fuera extraordinariamente hermosa cuando quería. Esa era la magia de las joyas, los ungüentos y los vestidos elegantes.

Sin embargo, mientras Bastiano Bragadin pensara que era la mujer más bella de Venecia, estaba más que satisfecha.

Y él, en mi opinión, era uno de los hombres más apuestos de Venecia; otra de las cosas que jamás admitiría. Era alto, fornido y vigoroso. Tenía unos ojos color avellana que brillaban con picardía y la cabeza cubierta por unos densos rizos castaños.

Bastiano tiró la capa sobre el respaldo de una silla.

–Entonces, ¿puedo quedarme y conservar mis testículos?

–Esta vez sí –respondí–. Veo que has vuelto a Venecia.

–Ya sabes que me encanta entrar por la puerta grande.

Bastiano era el tercer hijo de Gasparo Bragadin, el patriarca de una de las familias nobiliarias más antiguas y respetables de la ciudad. Por lo tanto, no estaba obligado a casarse y engendrar herederos. De hecho, si lo hiciera, quedaría menos fortuna familiar para repartir. Era miembro del Gran Consejo, al igual que el resto de los nobles, pero, aunque

acudía a las reuniones cuando se encontraba en Venecia, no ansiaba causar un gran impacto político en la República, a diferencia de su hermano mayor. En cambio, viajaba por el Mediterráneo para encargarse de los intereses mercantiles de la familia, los cuales eran numerosos. Dicha ocupación lo convertía en el espía perfecto para los Diez, además de en un asesino bien situado en caso de que se descubriera –o creyera– que alguien en el extranjero estuviera trabajando en destruir la República de Venecia.

Y, cuando Bastiano estaba en casa, pasaba la mayor parte de su tiempo conmigo.

Se acercó a la silla que estaba contra la pared y tomó asiento sin apartar la vista de mí ni un instante.

–Me he enterado de lo del hombre que asesinaron el día de la Ascensión –expresó–. Dicen que fue justo delante de la puerta del dux. ¿Fue cosa tuya?

Me encogí de hombros para mostrarme indiferente mientras mi cuerpo se tensaba al recordarlo.

–Creo que no sé de lo que estás hablando.

–¿Para quién espiaba? El rumor que más he escuchado decía que para los españoles, pero hay quien dice que era para los franceses o incluso los ingleses.

Resoplé.

–¿Cuándo se ha interesado el rey inglés por los asuntos de Venecia?

–Entonces, ¿para los españoles?

–Si no te han informado, Bastiano, será porque no necesitas saberlo.

–Ah, pero me gusta estar bien informado –dijo–. Muy bien hecho, Valentina. Nadie puede afirmar haber visto lo ocurrido.

–O nadie está dispuesto a afirmar que lo vio.

–¿Qué más da? Al fin y al cabo, significa lo mismo.

–Cierto –admití.

–¿Quién te asignó la misión? –preguntó Bastiano–. Malatesta, supongo.

–Ni siquiera he confirmado que sea obra mía. Aunque hubiera sido yo...

–Esta modestia es muy impropia de ti, Valentina Riccardi.

–Aunque hubiera sido yo –repetí–, ¿qué ganarías si te digo quién dio la orden?

Bastiano alzó las manos al cielo, volvió a sonreír.

–Muy bien. Como quieras.

Estiré las manos por encima de la cabeza con un gesto natural, pero percibí que la expresión de Bastiano denotaba deseo cuando la colcha cayó y dejó al descubierto mis pechos desnudos y la piel suave de mi vientre.

–Tienes la mala costumbre de meterte donde no te llaman –le informé–. No te traerá nada bueno.

–Y yo que pensaba que era una de las ventajas de nuestra relación –dijo Bastiano, mientras sus ojos recorrían mi cuerpo–. Como los dos tenemos a los mismos... empleadores, podríamos comentar los detalles y riesgos de nuestros encargos.

–¿Para eso has venido esta mañana, Bastiano? ¿Para comentar?

En un abrir y cerrar de ojos, se había acercado al lecho.

–Sí, pero estoy dispuesto a dejarme persuadir para que abandone mi actual interrogatorio.

–¿Y en qué consistiría dicha persuasión?

Se quitó el jubón por la cabeza y se desató los calzones sin quitarme los ojos de encima, hasta que quedó totalmente desnudo, con el miembro viril erecto y apuntando hacia mí.

Negué con la cabeza.

–Ya estás dando cosas por hecho otra vez. ¿Qué voy a hacer contigo?

–Se me ocurren varias cosas que me gustaría que hicieras conmigo –expresó y me acompañó bajo la colcha.

–¿Ah, sí? –añadí, forzando las palabras mientras se me agitaba la respiración por la expectación.

A pesar de que me encantaban los preliminares como a cualquier cortesana, Bastiano llevaba varias semanas fuera y me di cuenta de que no quería esperar más. Lo empujé contra el colchón, le pasé una pierna por encima de las caderas y me dejé caer sobre su miembro, enfundando todo su tamaño en mi interior. Gimió de placer y empecé a moverme sobre él.

–¿Era esta una de las cosas que se te habían ocurrido? –pregunté con la respiración entrecortada.

–Sí –dijo. La palabra salió como una especie de gemido.

Sus manos buscaron mis senos, se me arqueó la espalda cuando sus dedos acariciaron mis pezones.

–Oh, Dios mío, Valentina.

Había pensado en provocarlo un poco, continuar con nuestra conversación, retrasar su descarga. Pero la sensación de tenerlo dentro, de nuestros cuerpos moviéndose al unísono, de sus manos en mis pechos, se apoderó de mí enseguida. Seguí moviéndome, cada vez más rápido, sus caderas sacudiéndose debajo de mí para introducirse aún más en mi interior, hasta que mis gritos de placer acompañaron a los suyos y resonaron sin reparo por toda la habitación.

Después, me atrajo hacia él en la cama, su cuerpo calentaba el mío y nuestra respiración se mezcló hasta que fue imposible distinguir dónde acababa él y empezaba yo.

Capítulo 3

Poco después del mediodía, Bastiano al fin se fue. Había expresado su deseo de no querer abandonar mi cama jamás, pero, desafortunadamente, tenía asuntos urgentes que debía atender. No le pregunté en qué consistían esos asuntos; en parte para no darle el gusto, pero en parte por precaución. Si no me contaba sus quehaceres, entonces quizá era mejor que no los supiera.

Era cierto lo que había dicho: que los dos trabajáramos para el Consejo de los Diez implicaba que podíamos compartir ciertas preocupaciones y temores que no podíamos compartir con nadie más. Aunque, aun así, ambos habíamos aprendido que no debíamos entrometernos. Sabíamos de primera mano lo que les sucedía en Venecia a quienes sabían cosas que no debían.

Bueno, al menos yo lo había aprendido. Bastiano, como le había dicho hace tan solo unas horas, seguía teniendo la costumbre de meterse donde no debía y donde no lo llamaban. Por suerte, solo me mostraba esa costumbre a mí. No cabía ninguna duda de que por ello seguía con vida.

Mi principal criada, Marta, estaba terminando de recogerme el pelo cuando Lauretta asomó la cabeza por la puerta.

—Os pido disculpas, *signora*, pero tenéis visita.

El cuerpo se me tensó ligeramente.

—¿Quién es? —pregunté.

No tenía previsto que ninguno de mis clientes habituales me visitara ese día y, tras acabar de yacer con Bastiano, no

tenía la más mínima intención de atender a ningún cliente. La fidelidad es una cualidad que nadie esperaría que poseyera una cortesana, pero sí la poseía, a mi manera.

Y, si era Ambrogio Malatesta, tampoco tenía demasiadas ganas de verlo. Aunque tendría que recibirlo al margen de cómo me sintiera.

Lauretta respondió:

–Es Amalia Amante, *signora*.

Permití que una sonrisa me acariciara los labios. Amalia Amante, cortesana, la vecina de al lado y la mejor amiga que tendría en la vida, era la única persona a la que sí quería ver.

–Está bien –respondí mientras esperaba a que Marta colocara la última horquilla antes de ponerme en pie–. Acompáñala arriba, Lauretta, a la sala de estar. Después tráenos un poco de vino y los manjares que encuentres en la cocina.

Lauretta asintió con la cabeza.

–De acuerdo, *signora*.

Desapareció tras el marco de la puerta para cumplir mis órdenes.

–*Signora*, no hemos hablado de vuestro vestido y joyas para esta noche –comentó Marta mientras me alejaba para dirigirme a la sala de estar.

Permití que se volviera a dibujar una sonrisa en mi rostro.

–Esta noche no saldré, Marta. No tengo ningún compromiso.

–¿No ibais a recibir a Giovanni Aciri?

–Lo cancelé –respondí–. Le dije que estoy con los ciclos mensuales y que estoy indispuesta.

No era conveniente estar demasiado disponible para los clientes; alejarse un poco generaba misterio y los mantenía interesados y ansiosos. Y, como los hombres se horrorizaban al pensar en los ciclos mensuales de las mujeres, era la excusa ideal.

Para cuando entré a la sala de estar que comunicaba con el tocador, Amalia estaba sentada en un diván tapizado, los ojos le brillaban con alegría y picardía, como de costumbre.

Amalia Amante era una de esas mujeres que ponía en entredicho la afirmación de Bastiano de que yo era la mujer más bella de Venecia. Tenía unas curvas voluptuosas, mientras que mi cuerpo era más esbelto de lo que se estilaba; ella era de estatura media mientras que yo medía unos centímetros más de lo normal para ser mujer. Sus cabellos eran de un castaño intenso y no necesitaba utilizar hierros calientes para rizarlos. Tenía los ojos de un ámbar cálido y su piel era de un tono oliva intenso que le aportaba luz. Hija única de padre veneciano y madre turca, Amalia había nacido en Constantinopla y se había mudado a Venecia después de que la peste se llevara a sus padres cuando todavía era una muchacha. La idea del convento no le había atraído –lo cierto es que no les atraía a muchas mujeres– y, por lo tanto, utilizó la herencia de su adinerado padre para convertirse en una cortesana honesta. Su belleza, su don para la música y la poesía y el dominio que tenía para hablar varios idiomas, además de su deseo de vivir una vida independiente, hacían que fuera ideal para la profesión.

Sin embargo, pocos sabían que detrás de una belleza impactante se escondía una mente magnífica para los números y una agudeza excepcional a la que no se le escapaba nada. Eso, mucho más que su belleza y otros talentos, era lo que la mantenía no solo con vida, sino que permitía que prosperara.

Era extraordinaria y yo la adoraba. Ponía en evidencia a la mayoría de los hombres que dirigían la República de Venecia. Qué tragedia que nunca lo supieran.

–Mi querida Valentina –dijo a la vez que se ponía en pie para abrazarme y me daba un beso perfumado en la mejilla–. Ha pasado demasiado tiempo.

Arqueé una ceja mientras nos sentábamos.

–Nos vimos hace menos de una semana.

–¿Ves? Demasiado tiempo –respondió y esbozó una sonrisa radiante–. Iba a venir antes, pero me pareció ver entrar a Bastiano Bragadin esta mañana, así que pensé que sería mejor que os dejara solos.

Guiñó un ojo.

–Tendrías que haber venido de todas formas. Me habrías dado una excusa para echarlo.

–Oh, no quisiera privarte de nada.

–Le vendría bien tener ciertas dudas sobre mis sentimientos –dije pensativa.

–¿Tener dudas sobre tus sentimientos? *Amica mia*, le has dado una hija. A él y solo a él. Me atrevería a decir que tiene muy claros cuáles son tus sentimientos.

–Pero aun así –expresé.

Una ola de calidez maternal inundó mi cuerpo al pensar en mi hija, Ginevra. Nunca le había dado un hijo a ningún otro hombre y no lo haría jamás. Las cortesanas conocíamos los métodos para impedir la concepción y, en el caso de que esos fallaran, también sabíamos cómo deshacernos de un embarazo no deseado. A lo largo de mi vida, había tenido que tomar las plantas medicinales para vaciar mi útero en dos ocasiones; un proceso nada agradable, lleno de sangre y malestar, pero necesario tanto para mí como para muchas otras mujeres. Pero con Bastiano tomaba muchas precauciones y, cuando descubrí que estaba esperando un hijo suyo hace unos años, me sentí muy feliz. Una nueva oportunidad para darle a un niño el mundo seguro que yo no había tenido.

–No le vendría mal rebajar su orgullo un poco –añadí con una sonrisa.

–Puede ser –murmuró Amalia.

Me di cuenta por su mirada cómplice de que no me creía, como pasaba cada vez que le hablaba de esas cosas. Puede que me mostrase frívola acerca de lo que sentía por Bastiano con los demás, pero ella –y él, maldito sea– sabía la verdad.

A pesar de ello, parecía que no podía evitar esa frivolidad. Me acordaba demasiado bien de lo que había ocurrido con el último hombre –y el único, antes de Bastiano– al que había amado de verdad.

–¿Y qué hay de ti? –pregunté–. ¿Ha venido a visitarte tu... favorito?

Amalia tenía un amante desde hacía mucho tiempo con el que mantenía una relación muy parecida a la mía con Bastiano. No era un cliente que pagaba, aunque pensaba que al principio sí lo había sido, y sabía que estaba profundamente enamorada de él.

Río.

–Anoche, de hecho –respondió–. Estaba muy contento por algo, aunque no me quiso contar por qué. Algo a nivel político que le había favorecido, puestas a adivinar. –Puso los ojos en blanco y después soltó una risita–. Pero me aproveché de su buen humor, eso te lo aseguro.

–Hum, así que sí que es político. –Me pavoneé–. Uno muy poderoso, sin duda, como me había imaginado. Veamos, hay pocos hombres lo suficientemente jóvenes y apuestos que puedan tentar a la exigente Amalia Amante. ¿Puede que sea ese nuevo senador que...?

Amalia ya estaba negando con la cabeza antes de que pudiera terminar de hablar.

–Ya sabes que no te lo puedo contar, Valentina –dijo con delicadeza–. Ojalá pudiera, pero quiere mantener nuestra relación en secreto. Dice que es importante por su reputación y su familia.

–Sabes que, si me lo pidieras, nunca se lo diría a nadie, Amalia.

–Lo sé. Claro que lo sé –comentó–. Pero... No puedo traicionar su confianza. –Me miró suplicante–. Lo entiendes, ¿verdad?

Suspiré.

–Sí, supongo que sí –refunfuñé.

Algún día, por la Santísima Virgen, averiguaría el nombre de ese hombre. Aunque solo fuera para saber quién tenía el poder de hacer que Amalia Amante se sonrojase y se derritiera como la muchacha de convento que nunca había querido ser.

En ese instante apareció Lauretta, que portaba una bandeja con vino, queso, embutidos y pasteles del pastelero que estaba unas calles más arriba. Nos sirvió el vino antes de marcharse y cerrar la puerta al salir. Nuestra conversación en ese momento, como solía ocurrir, se transformó en cotilleos relacionados con las personas que conocíamos en la sociedad veneciana, lo cual entre las dos abarcaba a casi todo el mundo. Teniendo en cuenta la cantidad de conocidos que teníamos y las innumerables historias que habíamos oído, no resultó extraño que la conversación derivara en un asunto más turbio.

–Imagino que te has enterado del cotilleo más sangriento –dijo Amalia a la vez que cogía con delicadeza un pastelillo.

Noté cómo se me aceleró ligeramente el corazón al cambiar de tema. Estaba bastante acostumbrada a mentir y a mantener mis secretos ocultos, fuera del alcance de las miradas indiscretas de los demás. Pero Amalia me conocía mejor que nadie y sería capaz de detectar esa mentira. Nunca podría dejar que descubriera el trabajo tan siniestro que llevaba a cabo en nombre del Consejo de los Diez. Aunque fuera por el bien de la República, no podría soportar que

me odiara o me tuviera miedo, como seguramente haría si supiera la verdad. Hice lo que se debía hacer para proteger a Amalia, al igual que a los demás.

–Esto es Venecia, *cara* –comenté con desgana al recostarme en los cojines y mirarla con una fingida indiferencia por encima del borde de mi copa de vino; una copa transparente, resplandeciente y multifacética, de lo mejor que se fabricaba en Murano–. Tendrás que precisar a qué rumor sangriento te refieres.

Dejó salir un suspiro.

–Suponiendo que has salido de casa desde el día de la Ascensión, seguro que sabes a cuál me refiero.

–Sí salí y sí lo sé –admití–. Era lo único de lo que hablaba el senador Querini anoche.

Me había resultado divertido, en un sentido retorcido, escuchar sus especulaciones acerca del asesinato, que repitiera los rumores que había oído y me asegurara que su trabajo en el Senado le llevaría, sin lugar a dudas, a descubrir quién era el culpable llegado el momento. Aunque pertenecía a una antigua familia de Venecia y, por lo tanto, había tenido la suerte de recibir un nombre privilegiado, el senador viudo era un necio incompetente que siempre ansiaba parecer más importante de lo que era en realidad. Era el tipo de hombre que no creía que una mujer –ni siquiera una culta cortesana honesta– pudiera llegar a comprender los entresijos del poder y la política.

Sin embargo, me limité a reírme, pues, a pesar de sus alardes, yo sabía mucho más acerca de los asuntos del Estado de Venecia que él.

Amalia arrugó la nariz con desagrado, distraída durante un instante.

–¿Querini? ¿Sigue siendo tu cliente?

–Por desgracia, sí.

–Pobrecita.

–Me limito a permanecer tumbada y pensar en todo el oro que añade a mis cofres. Paga una tarifa más alta que la mayoría.

Los ojos de Amalia rebosaban alegría.

–¿Porque es tan bobo que no se entera?

–Exacto.

–Qué lástima –dijo Amalia con ternura–. Supongo que todas necesitamos a uno como él, ¿no?

–Está claro que los hombres como él tienen sus ventajas.

–Sin duda. Pero nos hemos desviado de lo importante. El asesinato. ¿Has oído hablar de algo así alguna vez? ¿A plena luz del día, durante las celebraciones del día de la Ascensión?

–Claro que sí, y tú también –respondí; no tenía demasiadas ganas de hablar de ello más de lo necesario–. Esto ocurre cada vez que el Consejo de los Diez nos quiere recordar quién manda en Venecia. Ocurre con frecuencia.

Amalia frunció los labios a la vez que me escudriñaba.

–¿Crees que han sido los Diez?

–¿Quién sí no?

Solo podía hacerme la tonta con Amalia hasta cierto punto, antes de que empezara a desconfiar. En cualquier caso, estaba segura de que habría llegado a la misma conclusión –la correcta– por su cuenta.

–Quién si no –dijo pensativa–. Pero ¿no resulta un tanto... escandaloso incluso para ellos? ¿Entre la multitud durante una de las festividades más importantes de la República? ¿Qué habrá hecho ese pobre desgraciado: invitar a la Armada española a adentrarse en la laguna?

En cierto modo, eso era lo que había hecho o, al menos, lo que había pensado hacer. Incluso ahora, me volvía a invadir la rabia al pensarlo.

–Tal vez –respondí y me encogí de hombros para restarle importancia.

–Circulan montones de rumores por ahí, cómo no –prosiguió Amalia–. Maridos celosos, mercaderes o socios a quienes pudo estafar... Todo lo que te puedas imaginar.

–Yo también he oído todo eso y más –afirmé.

–Pero creo que tienes razón –admitió Amalia, que clavó sus ojos en los míos y me sostuvo la mirada más de lo necesario–. Creo que fueron los Diez. Aunque supongo que nunca sabremos el motivo exacto.

Y por eso hacía lo que hacía. Para que los habitantes de la preciosa ciudad de Venecia, la joya del Adriático, nunca supieran lo cerca que la desgracia pasaba de sus puertas. Para que los venecianos nunca tuvieran que pasar por lo que yo había experimentado de joven.

–No –dije–. Creo que nunca lo sabremos.